

La huella del Concilio en Canarias. Medio siglo del Vaticano II

Antonio Quintana (coord.), (Mercurio Editorial, 2018, 527 pp.) (Reseña)

DANIEL BARRETO

La historia de la Iglesia, en la medida en que se comprenda como un momento de la teología, no dará ningún archivo por cerrado. O, dicho de otro modo, sabrá que la memoria no es solo nostalgia, sino conocimiento. Por eso, quien considere los años esperanzados del postconcilio solo «cosa del pasado», que pasa por pasar, escamotea la experiencia bíblica de la memoria y el tiempo. Los precedentes desvelos por el Reino están implicados hoy en su busca. El empuje pretérito puede asaltarnos en el momento menos pensado.

Precisamente desde el vínculo entre memoria social y teología conviene leer *La huella del Concilio en Canarias*, volumen coordinado por Antonio Quintana en colaboración con Mapi Tejera, Felipe Bermúdez, Rosario Pino y Juan Barreto. El libro reúne un buen número de textos de género y tono diversos –veintiocho autores, todos biográficamente implicados– sobre las cinco últimas décadas de la Iglesia canaria. El Vaticano II, como sintetiza en su contribución Segundo Díaz, significó la condensación de una serie de renovaciones que abrieron la Iglesia no a la simple adaptación, sino al encuentro dialéctico con la Modernidad. Teólogos como Congar, Chenu o Rahner habían anticipado en sus giros teológicos la fuga de la «burbuja intemporal y sagrada» (Juan Barreto) hacia la responsabilidad por el mundo y el tiempo. En Canarias, la aplicación del Concilio puede leerse en tres acontecimientos: el Estudio Socio-Pastoral (1972-1975), el Achamán (1978-1993) y el Sínodo Diocesano de 1992. Buena parte de los autores inscriben en esa constelación su memoria y testimonio.

En 1972 el Departamento de Investigación Socio-Religiosa de la Diócesis preparó un análisis de la realidad orientado al juicio y la acción. La implicación fue multitudinaria. Ya en la asamblea inaugural de febrero de 1972 participaron más de mil personas. Para muchos colaboradores, la fase de realización de las encuestas significó tomar conciencia de la miseria en que vivían los aparceros del sur de la isla. Los boletines y comunicados en los que iba cuajando el Estudio Socio-Pastoral (ESP) denunciaban las injusticias materiales y abogaban por reorientar la reproducción social hacia el bien común. Los poderes fácticos del franquismo no tardaron en acosar a los cristianos del ESP, como puede colegirse de la campaña de difamación emprendida desde la prensa. El 10 de mayo de 1975 el gobernador civil instó al obispo Infantes Florido a cancelar la Asamblea Conclusiva del Estudio. El obispo, en su homilía del 17 de mayo, respondió con valentía: «¿Qué nos proponemos en nuestra asamblea? Tomar conciencia de lo que somos y tomar conciencia de la realidad que vivimos con un oído puesto en Dios y otro en el pueblo. Es decir, nos proponemos evangelizar a unos hombres en medio de problemas concretos; [...] Vivimos una situación conflictiva entre Iglesia y Estado, habiéndose producido, por lo que se refiere a nuestra asamblea, una intervención gubernativa de un alcance canónico y eclesial muy grave» (p. 95).

El ESP conllevaba una teología afín al Concilio. Frente a la reducción utilitaria del cristianismo a código moral o ante la religiosidad como resignación al destino, el ESP llamaba a descubrir la tensión escatológica en la liberación integral del ser humano. La experiencia del ESP irrigó la Iglesia de la Transición. Puede describirse como el caldo de cultivo que alumbró una peculiar cultura organizativa, que contenía actitudes, hábitos y prácticas comunes, en definitiva: formas de subjetivación.

La siguiente expresión del dinamismo conciliar fue el Achamán, una coordinadora de grupos, comunidades y movimientos cuya teología de fondo coincide en gran medida con la del ESP. Su primera asamblea, en 1978, se inauguró con el estudio y debate de *Canarias, tarea histórica*, documento elaborado por el Departamento de Teología de las Realidades Canarias (TERECA) del Centro Teológico de Las Palmas, desde donde Felipe Bermúdez supo articular una lúcida lectura del momento histórico. Durante los años ochenta, el Achamán generó espacios de encuentro y coordinación que encauzaron múltiples iniciativas sociales de los cristianos comprometidos con la renovación conciliar. En 1984 participaban casi mil cristianos de base. La orientación no era otra, recuerda Serafín Hernández, que una «peculiar apropiación de la historia del nazareno y su seguimiento» (p. 88). Rosario Pino, desde Tenerife, escribe: «con sus debilidades y

fortalezas, el Achamán ha sido una visibilización, en Canarias, del potencial liberador del Evangelio. Ha sido el testimonio de que el reino de Dios es un don del Espíritu que deviene la principal tarea para las cristianas y cristianos congregados en la Iglesia» (p. 313). Por su parte, Juan Barreto contrasta la experiencia del Achamán con la situación social y eclesial del siglo XXI. En aquel entonces la lucha contra la dictadura había canalizado grandes energías utópicas; hoy, el desencanto y la dispersión exigirían pensar de otro modo iniciativas semejantes.

El tercer acontecimiento, el Sínodo diocesano de 1992, lo rememora con detalle el sacerdote Luis Laborda. Animado por el obispo Ramón Echarren, el IX Sínodo diocesano de Canarias fue una «experiencia de comunión y eclesialidad» (p. 506), un signo de fraternidad sin exclusiones ni temor. En su momento álgido llegaron a concentrarse medio millar de sinodales que articulaban la participación de toda la diócesis. Los fines eran «analizar la situación de nuestro pueblo para percibir en ella las llamadas que Dios nos hace», «contrastar la vida y la acción de la Iglesia Diocesana con las orientaciones del Concilio Vaticano II», «concretar las orientaciones pastorales para el futuro de la Iglesia en nuestra Diócesis de Canarias y establecer las normas necesarias para una mejor realización de nuestra tarea evangelizadora» (p. 502). La salida de la burbuja intemporal continuaba en marcha.

Las contribuciones de Leila López, Pino Trejo, Fausto Saavedra y Rosario Pino tratan sobre los movimientos de Acción Católica especializada, decisivos en la concreción del Concilio. Frater, HOAC, JOC, JEC, JUNIOR expandían a la sociedad formas concretas de organización y fraternidad que prefiguraban un mundo mejor. El éxodo al siglo encuadra la aportación de estos movimientos a las condiciones culturales necesarias para la acción política. Baste considerar los efectos de la implantación de la HOAC en Canarias. En torno a 1969 y los primeros setenta, el sacerdote José Suárez organiza equipos de la HOAC en Telde, El Doctoral, Casa Pastores, Vecindario, Castillo del Romeral y otros lugares de la isla. De su incidencia surgirá el sindicato Federación Socialista Autogestionaria de Asociaciones de Vecinos (FESAC), matriz en buena medida del partido Asamblea Canaria. Por supuesto, la referencia a la «asamblea» evocaba la *ecclesia*¹. En Tenerife Elías Yáñez había promovido la HOAC unos años antes y grupos cristianos de base, entre los que destacaba el hoacista Oswaldo Brito, fundarían allí más tarde la OSAC. Convendría preguntarse si los sindicatos y par-

¹ Cf. A. QUINTANA, *El cielo en la tierra*, Mercurio Editorial, 2017, libro que complementa varios aspectos de *La huella del Concilio en Canarias*.

tidos posteriores donde militen aquellos cristianos mantuvieron de algún modo o perdieron del todo el carácter antiautoritario del Evangelio.

Tan relevantes como las organizaciones sindicales y políticas son las nuevas instituciones que el impulso conciliar puso en pie. En el libro se dan cita algunas de ellas, entre las que destacan el Centro de Orientación Familiar (COF) y la Fundación Canaria Yrichen. En 1978 un grupo de presbíteros de la Pastoral Familiar propuso la intervención organizada a favor de las familias más humildes de Ciudad Alta en Las Palmas. Ese mismo año se crea el Centro de Orientación Familiar, pionero en España, dirigido por el sacerdote Fermín Romero Navarro. La conciencia crítica del vínculo entre precariedad y descomposición familiar, así como la investigación de sus causas estructurales, siguen guiando hoy la meritoria actividad del COF.

La Fundación Canaria Yrichen tiene su origen en un grupo formado por los curas Jorge Hernández Duarte, Serafín Hernández y el seminarista Manuel Mederos, que llegaron en 1986 a los barrios teldenses de las Remudas y la Pardilla. «Ya no estábamos ante el proletariado con conciencia capaz de transformar el mundo. Ahora eran los hijos e hijas del mundo obrero que, por su pobreza y marginalidad, eran los primeros y los más vulnerables al mundo de la droga que nos arrollaba» (J. Hernández Duarte, p. 225). Nótese que el autor habla en primera persona del plural; las enseñanzas del Concilio no habían sido en vano: «Si hay una intuición que desde el Concilio Vaticano II sale reforzada es la encarnación como estilo radical de vida» (p. 221).

El libro recuerda muchas otras iniciativas impulsadas desde pequeñas o grandes instituciones que buscaban anticipar la fraternidad nazarena: los jesuitas, presentes en La Isleta durante más de treinta años –así lo narra Esteban Velázquez– hicieron crecer Radio ECCA o fundaron el Centro de Orientación Polivalente; los proyectos de Desarrollo Comunitario, como relata Antonio Melián, se instalaron en zonas empobrecidas y olvidadas de Gran Canaria; y, naturalmente, Cáritas Diocesana, de cuya dimensión profética y no meramente paliativa da buena cuenta su Delegado Episcopal, José Domínguez Pérez. Muchas de esas iniciativas, también las no mencionadas aquí, merecen sin duda monografías pormenorizadas.

La acción social de la Iglesia en este medio siglo ha estado acompañada por la formación teológica y el análisis de la realidad en el Centro de Estudios Superiores de Teología, creado en 1972 y convertido a partir de 2004 en Instituto Superior de Teología de las Islas Canarias. Su director, Cristóbal Déniz, resume

la historia del Instituto desde sus antecedentes hasta comienzos del siglo XXI, historia que hay que leer en paralelo con la del Seminario de Canarias, recorrida por Isidoro Sánchez López a la luz de los cambios conciliares. De las organizaciones educativas diocesanas vinculadas al ISTIC, como la Escuela de Formación Socio-Política y Fe Cristiana, y el Aula Manuel Alemán, escriben exhaustivamente José Suárez, Isabel Pérez y Carlos Cabrera.

Los coordinadores de *La huella del Concilio en Canarias* reconocen haber reunido fuerzas para concluir el libro gracias al impulso que ha supuesto la elección de Francisco, quien en no pocos aspectos recuerda a Juan XXIII, el Papa que convocó el Vaticano II. Como señalamos al principio, por definición, la esperanza no se da sin una cita en el tiempo que pueda reavivar el pasado.